



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

ENRIQUE SENÉN



Inspiración viril, robusta y fresca,
color y poesía,
le valieron su fama y nombradía
en el cuadro *De vuelta de la pesca.*

SUMARIO

TEXTOS: De toda un poco, por Luis Taboada.—Yo y su gato, por Fiestro Yrizaroz.—Seguidillas de verano, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clara.—De regreso, por Eduardo de Palacio.—En el álbum de una bailarina, por Sinesio Delgado.—No ganamos para sastos, por Antonio Sánchez Pérez.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Enrique Senén.—Tragicomedia.—Actualidades, por Cilla.



Por fin ha parecido la tan reputada boa.

Cuando todos habíamos perdido la esperanza, llegó á nosotros la noticia de que había sido descubierta entre unas tablas del Retiro, Hallábase aletargada, con los ojos entornados y la boca entreabierta, como si acabara de merendar en las Ventas del Espíritu Santo y le hubieran servido vino de marute.

Entre los paseantes del Retiro circuló la noticia con la rapidez del rayo, y muchos curiosos acudieron á conocer personalmente al famoso reptil.

Allí estaban las de Higadillo con su mamá, y no pudieron menos de estremecerse todas, porque son lo más nerviosas del mundo.

Los dependientes del Sr. Cavauna cogieron el reptil y se lo llevaron á la casa de fieras, envuelto en una manta, como si fuera un parvullito convaleciente de las viruelas.

—¡Ay, mamá!—dijo una de las de Higadillo.—¡Qué ojos tiene! La mamá enjugó una lágrima y lanzó un suspiro hondo.

Después dijo:

—Siempre que veo unos ojos así, me acuerdo de tu abuelita, que en paz descansa. ¡Pobre mamá! Cuando tenía algún disgusto se le ponían los ojos lo mismo que dos ciruelas claudias.

Las niñas apartaron la vista con horror de aquel reptil que evocaba en su imaginación el recuerdo de una persona de la familia, y se fueron á sentar cerca del estanque grande, donde bogaban varios chicos en mangas de camisa. Algunos lucían elegantes camisetas de punto con listas azules, que les daban el aspecto de marineros de zarzuela.

Daba gusto verles empuñar los remos con el mismo vigor que si fueran á ganar el pan de la familia. Uno de ellos llevaba en la diestra la caña del timón; pero al ver á las de Higadillo perdió la serenidad y ya no pudo seguir gobernando la ligera nave.

—¡Casilda!—dijo palideciendo.

—¡Leoncio!—exclamó la joven, apoyando la cabeza en el hombro de su mamá.

Pero ésta, que había reconocido en el timonel al antiguo novio de su hija, se incorporó rápidamente, é inclinándose cuanto le fué posible sobre la barandilla del estanque, comenzó á gritar:

—¡Oiga usted! ¡Bribón! ¡Mal caballero! ¡Gracias á Dios que podemos echarle la vista encima!

Los del bote habían abandonado los remos y no trataban de alejarse de aquel sitio para poder presenciar la escena provocada por las de Higadillo. Acudieron varios curiosos, y la mamá entonces pudo desahogar el pecho.

—¿Qué sucede?—le preguntó un transeunte, de esos que quieren enterarse de todo para contarlo después en casa á la hora de comer.

—Mire usted—dijo la mamá, enjugándose el sudor con una de las puntas de la mantilla.—ese joven estaba en relaciones formales con mi hija, y una tarde se despidió de nosotras, diciendo que tenía que hacer un viaje á Vinaroz para ver á un tío suyo que era sacerdote y le había salido un tumor. Nosotras, que so-

mos unas infelices, dimos entero crédito á sus palabras y aun le prestamos cuatro pesetas para los gastos menores del viaje. Después supimos que ese granuja no se ha movido de Madrid y que está para casarse con una sombrerera.

—¿Con una sombrerera?—dijo el curioso, todo sorprendido.

—Sí, señor, con una sombrerera viuda.

—¡Ah!

—Nosotras tenemos documentos en casa que pueden comprometerle, porque ha sido carlista y se había metido en una conspiración para matar guardias de orden público con arsénico.

—¡Qué barbaridad!

—Sí, señor; él era el encargado de darles conversación, y cuando estuvieran más distraídos pensaba meterles el arsénico en la boca, diciéndoles que era azúcar candé.

Á todo esto los del bote habían desaparecido á instancias de Leoncio, que temblaba como un azogado, y cuando la señora de Higadillo notó su ausencia, se puso furiosa y comenzó á arrojar espuma por entre los labios y á amenazar el abanico.

Entre las chicas y el transeunte curioso le llevaron á un puesto de agua y allí bebió dos vasos con aguardiente, hasta que se serenó del todo.

—¡Ay, qué disgusto tan grande!—murmuraba Casilda.

—¿Sabes por qué ha ocurrido todo esto?—agregó su hermana.

—¿Por qué?

—Porque hemos visto la boa.

Desgraciadamente es verdad; según dice un amigo mío, la presencia de cierta clase de reptiles trae siempre desdichas y sinsabores sin cuento.

Y si no, que se lo pregunten á un famoso actor dramático, que cree á pies juntillas en la influencia terrible de ciertas *bichas* cuyo nombre me guardaré muy mucho de escribir.

Ahora estamos en desgracia los periodistas.

Con frecuencia leemos en los periódicos que en tal punto ha sido apaleado el director de un colega, que en tal otro le han saltado dos dientes á un noticiero, que ha sido amenazado de muerte un redactor y que se anda buscando á otro para descuartizarle en secreto.

De manera que, sobre los muchos disgustos que nos ocasiona el oficio, tenemos aún que soportar los garrotazos de los lectores.

Perfectamente.

Á mí, Dios mediante, no me han pegado todavía; pero, al paso que vamos y á pesar de mi natural sencillo, el día menos pensado saben ustedes que estoy en la cama á consecuencia de unos golpes que me ha dado una patrona ofendida ó una mamá irritable, ó el novio de una de esas chicas que tocan el piano en las tertulias.

No vamos á ganar para árnicá.

Ya en cierta ocasión recibí una carta anónima que decía así, poco más ó menos:

“Ó deja usted de poner en ridículo á los fabricantes de velas, ó recibirá usted el castigo que merece cuando menos se lo figure. Prudencia y ojo...”

Y yo ¡claro! me callé y no he vuelto á meterme con los referidos fabricantes, porque tengo familia y no quiero entrar en mi casa con las tripas en la mano y teniendo que decir á la criada:

—Anda, mujer, trae un barreño.

—¿Para qué, señorito?

—Para echar estas tripas.

Conste, pues, que no me meto con nadie, y menos desde que se reparten trancazos entre mis dignos colegas de provincias.

LUIS TABOADA.

YO Y SU GATO!

Poserá el gato, porque en este instante me paró que debí ir yo delante.

N. del A.

Encontré una ocasión, y enamorado me fui corriendo y me senté á su lado. La hablé de mi pasión, de mi amor loco, y á solas, con las manos enlazadas, sentí que me abrazaba poco á poco en el incendio atroz de sus miradas.

Ojalá por mi honor, y lo confieso,
que estubo en tal estado
que sólo por un beso,
á tenerla, de fijo, hubiera dado
una fortuna igual á la de Cresó;
mas yo, que no soy rico, por desgracia,
y el pedirlo en mí fuera simpleza,
tenía que suplir con agudeza,
con lo mucho que sobra de mi audacia,
lo mucho que me falta de riqueza.

Así fué y, en efecto, mi osadía,
que casi nunca á respetar se para,
me obligó: me acerqué cuanto podía
y la estampé dos besos en la cara,
que eran mezcla de néctar y ambrosía.

Mas no pude quedarme satisfecho
porque ella, colorada,
no sé si de rubor ó de despecho,
levantándose airada,
su indignó de tal modo la chiquilla
que me hizo un arañazo en la mejilla.

Yo con la mano puesta en el semblante
y ella fijos los ojos en el suelo,
así permanecimos un instante,
con un silencio tal y un desconcielo
que mejor que visita de un amante
parecía de duelo.

Pues bien, al poco rato
llegó hasta donde estábamos un gato
muy feo y asqueroso;
con miedo y con recato
se acercó á la muchacha silencioso,
y trepando ligero por la espalda,
de un salto ¡zas! se colocó en su falda.

No sé por qué ni cómo,
porque ella aunque miraba no veía,
le pasaba la mano por el lomo,
acaso sin saber lo que se hacía:
pero el maldito gato,
que si de algo tenía era de ingrato,
le pagó aquel cariño
con arañazo tal y tal acierto,
que en sus manos de armiño
brutó luego la sangre al descubierto.

¡Se irritó la muchacha! ¡No hay tal cosa!
Al contrario, su dueña bondadosa,
que, por suerte, también es dueña mía,
cogiéndolo en sus brazos cariñosos
le besaba la cara y se reía....
¡lo cual me pareció una porquería!

.....
¡Por qué antes se enfadaba y ahora hace eso?
¡Conducta más extraña!...
¡Al gato que le araña le da un beso,
y á mí, porque la beso..... va y me araña!

MACRO WRÁVZOS.

SEGUIDILLAS DE VERANO

Con los calores pasan
ratos terribles
aun los que más se precian
de incombustibles,
y el Rey de Suecia
tiene un ama de llaves
que le desprecia.

Hay muchos animales
que en el estío,
cuando el calor aprieta,
no sienten frío.
¡Bien dice Andrea,
que un colmillo de arriba
se le menca!

La tierra nos ofrece
baños melones,
que se crían á fuerza
de insolaciones.
Tengo un pariente
que toca la bandarria
divisamente.

Los que van por las noches
al Buen Retiro,
oyen en la ospeura
más de un suspiro.
¡Qué bien le sienta
la comida de viernes
á mi parienta!

Hay quien anda sudando
por esta corte,
mientras otros respiran
aires del Norte.
¡Por qué hen de darse
tanto jabón los tarcos
al afeitarse!

Suele haber tempestades,
y algunos ríos
causan daños atroces
en los plantíos,
y al juez de Siria
le ha roto su criada
la palmaria.

Hay quien tomando baños
recorre España,
y hasta en agua de rosas
hay quien se baña.
¡Pero qué tarde
se acostaban las hijas
de Calomarde!

Mientras corta el gallego
le mite dorada,
cantan los reñedores
en la caramada.
¡Qué arroz tan bueno
tubo poner la suegra
de mí sereno!

Los tomates, las brévas
y los pepinos
con frecuencia perturban
los intestinos.
Doña Librada
lleva una liga verde
y otra morada.

En viniendo el otoño
cesa el verano,
lo mismo en Puerto Rico
que en Puerto Ilano.
¡Qué tonterías
decimos los poetas
algunos días!

JUAN PÉREZ ZORIGA.

PALIQUE (1)

Quedábamos en que *La Prueba* de D.^a Emilia Pardo Bazán no era la novela que yo había soñado. Ya que en *La Cristiana* Carmen Aldao no es más que una cantidad negativa; por lo que respecta al fondo, una resistencia, y por lo que respecta á la forma, una imagen virtual, ¿por qué al llegar á la segunda parte, que en rigor no es más que un segundo tomo, no cambió de procedimiento la autora y dejó la inoportuna forma autobiográfica, para hacernos entrar directamente en el corazón de la Titi? En vez de esto se entretiene en seguir las divagaciones del estudiante de ingenieros, que aunque más instruido en letras y filosofías, ó pseudo-filosofías, de lo que suelen estarlo los alumnos de caminos ó de montes, al fin es un muchacho de mediano ingenio, poca formalidad y superficial como él solo. Aficionadilla á escribir á lo realista, vuelve á tomarla con las casas de huéspedes y multitud de incidentes anodinos, soporíferos, impertinentes y deslavazados; de modo que cuando parecía que la verdadera novela iba á presentarse, estamos empezando otra vez, preparando todavía el escenario donde ya debíamos estar esperando la catástrofe ó lo que fuera.

Francamente, D.^a Emilia, tan discreta y al parecer seriamente amiga del arte, no tiene perdón por esta clase de descuidos en la composición: parece que escribe por broma, que no medita los asuntos, ni las proporciones de su obra, y que es como todos esos pobres aficionados de naturalistas que, á pretexto de que en realidad nada empieza ni acaba, escriben libros sin pies ni cabeza. ¿Cree D.^a Emilia que eso de dar libros y libros sin composición artística, á salga lo que saliere y cuando saliere, es actuar de realista ó seguir, contra las tendencias del espíritu de raza, el bello desorden germánico? No tiene nada que ver ni con uno ni con otro. En talentos como el de la Pardo Bazán, nada poéticos, menos soñadores, ordenados, discretos, recortados, la vaguedad y la indecisión teutónicas tienen que ser falsedades, y en obras de la índole de estas novelas de costumbres reales y de observación, nada líricas, nada humorísticas, la didáctica de la composición sabia y armónica es indispensable.

Por lo que toca á la realidad, que no está compuesta, se ha de ver que la realidad no es cosa artística; pero desde el momento en que se imita la realidad para ser contemplada, hay que tener en cuenta que se transforma en espectáculo, y entonces aparece la perspectiva (la composición en el arte), la cual en la realidad, como tal, no existe, pues no se presenta sino con el espectador. Yo no diré que en una novela debe existir aquella rigurosa dependencia de cada parte, desde el principio, á un efecto final, que pide el autor de *Los poemas en prosa* para las *novelitas* á lo Poe; pero es indudable que, aun dando en los grandes cuadros de literatura épica á la digresión lo que es suyo, la idea de unidad y la de armonía deben estar presentes siempre y revelarse en el carácter orgánico, si vale hablar así de estas cosas, de cuanto en tales obras se escriba. Esto no es cambiar la realidad, convertirla en arteficio, como tampoco el método y el sistema á que forzosamente ha de atenerse el científico niegan la independencia del mundo respecto de tales andamios, pues es claro que aunque la naturaleza sea un cosmos, un orden, no es en sí un orden dialéctico: lo es, reflejada en la conciencia del sabio. Igual en el arte. El mundo no tiene composición, pero visto por el artista se convierte en una *experimentación* necesariamente compuesta.

Bueno, pues todo esto es música para D.^a Emilia, que acá nos manda novelitas sin componer, como se le mete el dedo en la boca á un tonto.... que no muerta.

Acabo de hablar de experimentación, que, diga lo que quiera D. Juan Valera, y digan lo que quieran el malogrado Guyan, Brunetière y otros críticos, existe en la esfera moral y en el arte también, á su modo; pues bien, la experimentación artística es, en conjunto y en cierto respecto, la misma composición: la observación se convierte en experiencia cuando está preparada para un propósito adecuado al medio artístico. Pues esto también es música para D.^a Emilia; ella huye de la experiencia siempre del mismo modo: separándose de las dificultades, renunciando á los más eficaces efectos, haciendo todo lo contrario de lo que hace un Shakespeare, por ejemplo, que en cuatro rasgos, los característicos, los necesarios, los *de efecto*, nos pinta un alma ó una acción; por el contrario, la Pardo Bazán pinta todo lo que hay que pintar.... menos los cuatro rasgos necesarios. Aquí se trataba de conocer de cerca á una joven que se sacrifica por un ideal de conducta más ó menos hábil, más ó menos racional, pero, en fin, puro, noble: y para lograr el intento la novelista nos cuenta todas las impertinencias que le ocurren y se le ocu-

1 Una errata que importa rectificar: en el *palique* del número anterior se hicieron decir: Su primo Salustio—cuando acude—no llega a doce años. Y ya había escrito: «Su primo Salustio—cuando acude—llega a los doce años».

TRAGICOMEDIA



El conde D. Nuño ha empezado á dudar de



su esposa D.ª Sol



y del gallardo trovador Melendo.



Una noche oye el conde ciertas andechas de amor, por las trazas, no van dirigidas á él.



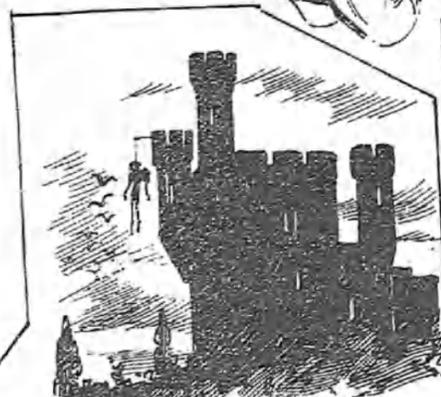
Y á la mañana siguiente llega á sus manos un pergamino incandescente que, sin duda, va dirigido á ella.



Por si acaso le faltaba algo, sorprende á los adúlteros en amorosa piática bajo los altos chopos.



Ciego de ira, escribe las oportunas órdenes.



y el gallardo Melendo amanece por fin colgado de una almena.



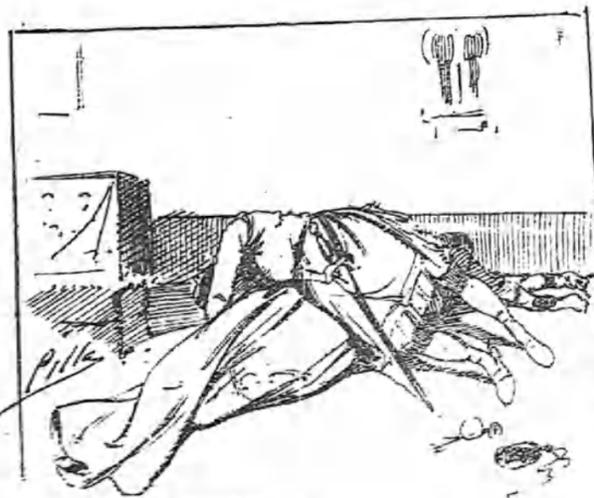
El esposo ofendido pide en seguida á un mago de confianza un bebedizo mortal de necesidad, que paga á peso de oro,



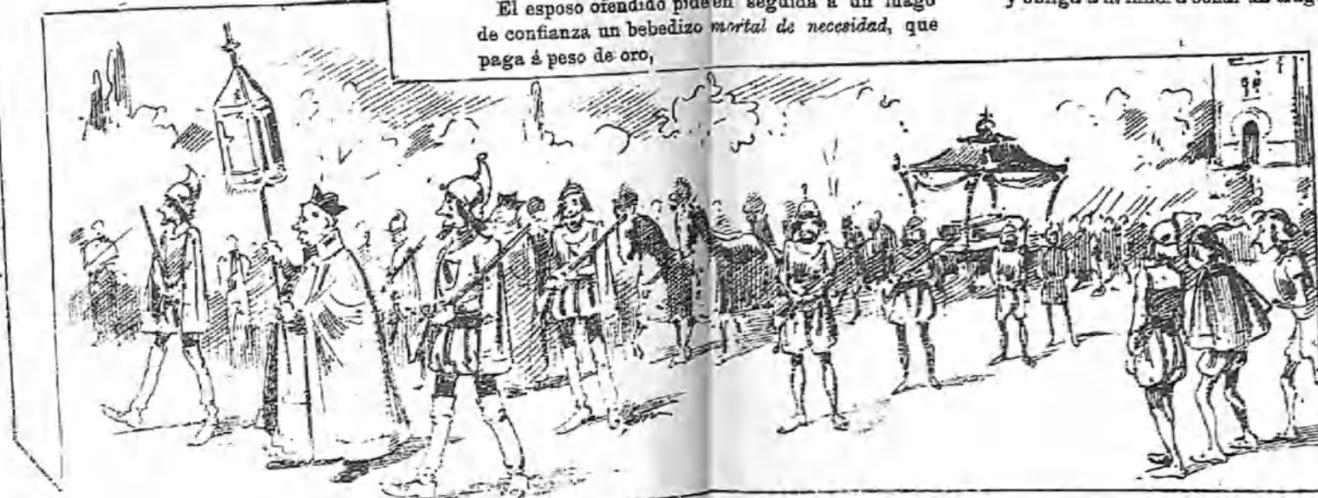
y obliga á la infiel á echar un trago en su presencia.



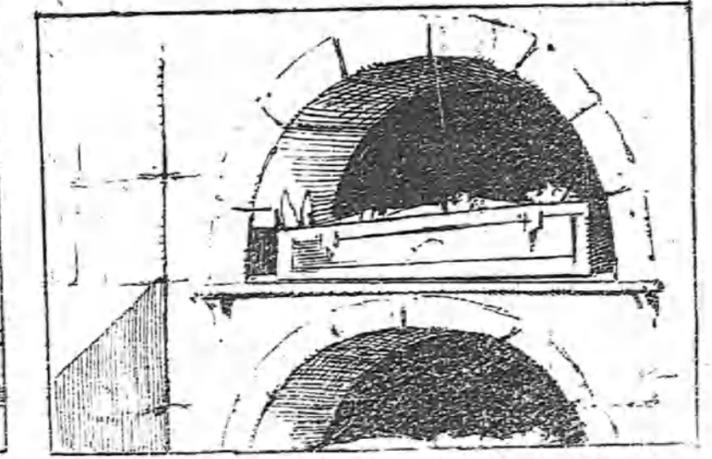
Arrepentido inmediatamente... ¡oh poder del amor! apura el resto del bebedizo.



Y éste es el espectáculo que presenciaron por casualidad los servidores del conde.



El encuentro fué de lo más curioso que se dio á conocer. Avidieron nobles y plebeyos, escuderos y pajes...



que se ocultaron en la cripta de la abadía los cadáveres de los desdichados esposos.

(Se continuará...)

rren a un sobrino de esa Antígona de la lepra, de esa heroína que de buena gana conoceríamos.

Doña Emilia no deja de escribir más que las *scènes à faire*, como diría Sarcey. Y lo más gracioso no es esto, sino que el *medio* que describe, los preliminares en que se deleita... no son en rigor medio ni preliminares de su protagonista ni de su asunto.

Un ejemplo de esta constante preterición, ó mejor, *clipsis del argumento*, lo tenemos en el momento culminante de la novela: Carmiña está á punto de sucumbir, el sobrino va á vencer, el fraile disputa la presa, promete que el triunfo será suyo, de la virtud, y en efecto, á los pocos días Salustio halla á su tía cambiada, allí no hay ya lucha, la gracia ha intervenido y con gracia se consuma el sacrificio. ¿Quién ha hecho el milagro? Entre la lepra y el fraile. De la lepra se habla, pero del fraile no; es decir, se habla del instrumento material, de la ocasión, pero no del elemento *psíquico*, de la lucha moral, de la victoria de la virtud artística; se nos oculta el momento de la resolución del conflicto, que sería lo más hermoso, lo más sugestivo y también significativo; y, en cambio, se insiste en la pintura de lo asqueroso material, unas veces llegando á producir náuseas, otras haciéndonos olvidar, valga la verdad, nuestra repugnancia por la fuerza patética del cuadro, como sucedió en la bellísima página en que Carmen sella con sus labios los de su esposo moribundo.

Concluiré otro día.

CLARÍN.

DE REGRESO

—Me sentaron los baños como un tiro.
—¿De veras?

—Sí, señor.
Yo creo que me muero, si no cojo
y me vengo en seguida de Sobrón.
Me llené de diviesos.

—¿Caracoles!
—Y me salió un tumor,
y tuve unos dolores en el pecho....
¿una revolución!

—¿Y la señora?
—Estuvo también muerta.

—¿Hombre! ¿Y resucitó?
—Como estaba la pobre en ese estado....
un día se llevó un susto feroz.

—¡Ah! ¿Por estar así?
—Vió dos vejigas
y supuso que fuera un tiburón.

—¿Es fantástica?
—Sí.
—¿Y á los pequeños,
les probaron los baños?

—El mayor
se me ha puesto muy feo.

—¿Con las aguas?
Es que ya parecía.... (un serpentón).

—Tiene tos.
—Se le habrá á usted resfriado.

—Y además de la tos
le ha salido en la espalda un sobrehuoso.

—Principios de un alón.
—El menor ha crecido, está muy guapo.

—Milagros que hace Dios.
—¿Y usted?

—Murió mi suegra.
—¿Qué disgusto!
—Un día se bañó,
poco tiempo después de haber comido,
y de una indigestión
falleció á los dos días, de repente.

—Vaya, del mal el menos: digo yo
que entre morir de pronto
y vivir uno enfermo, es lo mejor....
¿Y usted?

—Pues yo he venido sin un perro.
Dolores se empeñó
en tomar unas aguas minerales;
se lo dejó el doctor:

«Nada, empéñese usted, y ella me dijo:
«Empéñate, Zenón.»

—¿Y la sentaron bien?
—¿Si la sentaron!

—¿Pues eso es lo peor!
—¿Enfermó?

—¿Qué enfermó? Se me ha escapado.

—¿Dolores!
—Un bribón,
¡un Allgemeines Zeitung de esos del Norte
qué quien se la llevó!

EDUARDO DE PALACIO.

EN EL ÁLBUM DE UNA BAILARINA

(QUE NO SABE LEER.)

Dios te dió los ojos garzos,
los labios como cerezas,
el cutis de terciopelo

y los dientes como perlas,
Puso en tu cuerpo la gracia
que enloquece y embelesa,

la dulzura en tu sonrisa
y en tu rostro la belleza.

Quiso que un hombre te amara
con adoración inmensa
y en paz, tranquila y dichosa

fueses del hogar la reina.
Y acaso cuando, cumplida
tu misión sobre la tierra,

de la lista de los vivos
borrar tu nombre quisiera,
pensó llevarte á la gloria

y colocarte á su diestra,
más que en premio á tus virtudes,
por gozar de tu presencia.

Pero el diablo, que no duerme
y entre las sombras acecha,
dejó traidor en tus ojos

dos ascuas de sus calderas,
ansia de besos impuros
en esos labios de fresa

y ardor de locos placeres
en la sangre de tus venas.

Te puso medias rayadas,
calañés sobre las cejas,
chaquetilla de alamares

y faldita con lentejuelas,
y colocándote airosa
en las tablas de la escena,

te dijo:—¡Baila!—Y bailaste....
y adiós á la gloria eterna!

Cuando los ojos entornas

y el lindo talle cimbreas
y entre los húmedos labios
los blancos dientes enseñas,

la multitud te devora
con miradas de impureza,
brincan, al vibrar, los nervios

y las gargantas se aprietan.
Y cuando alzando el vestido
la enagua bordada maestras,

palpitante el albo seno
y ondulantes las caderas
y á través de los encajes

luces las caladas medias,
al compás del taconeo
que hace temblar la madera,

la muchedumbre se agita,
se inflama, rugen y patean,
como el león enjaulado

á la vista de la hembra.
Te acompañan dignamente
juramentos y blasfemias,

aullidos de amor salvaje
y resoplidos de bestias.

.....
¡Ay, pobre Paca! Tú corres
en brazos de la tormenta,

y en vez del hogar tranquilo
que merecías, te esperan
lágrimas, injurias, golpes,

celos, traiciones, ofensas
y.... morir de un navajazo
al salir de una taberna.

.....
Pero creo que hoy, al verte,
el mismo Dios se retrea,

y aunque haya perdido un alma....
no le ha pesado perderla!

SINESIO DELGADO.

NO GANAMOS PARA SUSTOS

Finalmente, como dicen algunos personajes de las comedias italianas, que las cosas de ahora son para volverle á uno loco de sorpresa y por qué no decirlo? de miedo.

Yo, dicho sea en honor de la verdad, no he sido nunca aficionado á los espectáculos en que los protagonistas son fieras; porque, aparte de que sé que casi siempre esos animalitos acaban por comerse al domador, lo cual es poco agradable para visto, siempre abrigo en lo más hondo de mi alma el temor de que las fieras se escapen, lo cual, como decía la doctora,

«dura cosa será, pero posible...»

¡Toma! Tan posible es, que ya ha ocurrido varias veces: no han transcurrido tantos años para que hayamos olvidado ya la célebre escapatoria del elefante Pizarro; el cual se contentó, afortunadamente, con comerse todas las existencias de una tahona que encontró á su paso, y entretenido en eso no hizo otros desaguisados ni otros desmanes, que de seguro habría hecho si hubiese continuado su peregrinación. Pues ¡han olvidado ustedes al tigre del domador Bidel, tigre que se paseó tranquilamente por la villa y corte durante algunas horas, y que por milagro no produjo más que algunos sustos de grueso calibre? De toros que se han escapado al ser conducidos á las plazas están llenas las columnas de los periódicos de noticias.... es decir, de toros no están llenas, sino de relaciones de esas fugas de *bichos*.

Y menos mal que todos esos animales, muertos ó vivos, parecían al cabo: el elefante y el tigre volvieron al hogar paterno de sus respectivos domadores, los toros vagabundos y andariegos eran muertos á tiros; pero ¿qué me dicen ustedes de lo que ha sucedido después? Allá, por Almería, ó sabe Dios por dónde, se escapó una hiena, y si te vi no me acuerdo; no se ha vuelto á saber del infeliz animalito, sino que estaba causando destrozos en los ganados de la comarca; acá, en Madrid, desapareció una *serpiente boa* de respetables dimensiones, y ni rastro quedó de ella. Y los periódicos que dieron la noticia agregaban con mucha seriedad: «es un animal *inofensivo*...» ¡Vaya si lo es! No puede serlo más.... Como que los naturalistas dan en denominarle *constrictor*, porque suele enroscarse al cuerpo del animal que escoge para víctima, y aprieta y aprieta y aprieta hasta que lo ahoga y lo tritura; pero fuera de eso, es un animalito sin pizca de malicia y sin *segunda intención*, como dice el *muñeco* en una célebre zarzuela de Frontaura. Pues nada, ese animalito inofensivo por ahí andará, sabe Dios dónde, y nadie está seguro de no encontrárselo una noche en la cama, cuando vaya á descansar de las fatigosas tareas de la jornada [1].

Y, sin embargo, veía yo á las gentes que se paseaban tan tran-

[1] En el momento de enviar estas cuartillas á la imprenta, se me asegura que el reptil ha aparecido. No me sabría decirme para en toda caso, confieso a usted que he estado perdido bastante días.

quilas y se sentaban en los sillones de Recoletos, y hasta iban al Retiro, cuando no hacía mucho frío, olvidando que

latet anguis in herba.

Nada, que ahora se oyen y se ven y se dicen unas cosas que nunca se han oído, ni visto, ni dicho. Si no, díganme ustedes: ¿cuándo han oído ustedes decir, hasta hoy, que el Ministro de Fomento había de examinar la lista de una compañía de ópera italiana para ver si era buena? Como Dios vió el mundo después de hacerlo.... Pues nada; así ha sucedido *oyáño*.

Ya no me sorprende que en uno de los días más ardorosos del mes de Agosto.... que los ha tenido de prueba, dijera un periódico:

«A las siete de la tarde fué reducido á prisión un individuo que despojó á otro de la capa y de la boina...»

De la capa!

Pero ¿es que había en la tarde del 27 de Agosto un individuo capaz de pasearse con capa por la plazuela del Progreso?

Si esto es más inverosímil que la desaparición del *boa constructor* de Cavanna!

Pero ¿qué puede uno esperar de esta villa, donde un ciudadano que se llama Benigno y que además es *sereno* de oficio, arrebató contra su hijo con tanta serenidad y tan benignamente que le rompió la cabeza?

Pues está lo retirieron también los periódicos.

De modo que con estas pruebas de amor paternal del sereno Benigno, con las escapatorias de las fieras, con las campañas en pro de la moralidad en el teatro, con las noticias de las epidemias variolosa, diftérica, cólica, tifoidea, etc., etc., de que los diarios vienen llenos, les digo á ustedes que, en efecto, no ganamos para sustos.... ni para nada.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



Dicit Cañete:

«....porque los poetas cómicos al uso no han de esclavizar su fantasía respetando las leyes gramaticales....»

¡Bien dicho! ¡Al que no respete la gramática, palo! Estamos conformes. Pero sigo leyendo:

«Dentro de breves días dará principio á sus tareas el Teatro de Apolo....»

Alto el carro. ¿Qué son *breves* días? ¿Se puede decir: «dentro de breves días»? Porque el día tiene veinticuatro horas, ni un minuto menos. Y como usted dice muy bien, sería muy conveniente que escribiésemos todos en castellano, aunque tuviéramos que esclavizar la fantasía.

La empresa del Teatro de la Zarzuela, con su penosa formación de compañía, nos ha dado á conocer documentos *artísticos* de valor inestimable.

El último, por ahora, es una carta del Sr. Strakosch, apoderado ó cosa así de la diva Emma Nevada. Epístola que empieza de este modo:

«Es una fortuna que su carta de usted esté fechada en Madrid, pues de otro modo hubiera creído que procedía de Charenton.»

¡Anda, anda! ¡También el Sr. Strakosch es humorista!

«Las condiciones de la Sra. Nevada son 5.000 francos cada noche, ó el 50 por 100 de la entrada (*Ars!*) en los teatros en que ésta sea de 15 á 20.000 francos.»

Bueno, pero.... oiga usted. Yo tenía entendido que la Sra. Nevada había andado por Utrera, ó Ecija, ó no sé dónde. ¿Es que ahí también le pagaban á usted 5.000 francos?

Sigamos hablando de teatros.

Copio:

«Dícese que son dos los académicos de la Española—eminentes autores dramáticos, y uno de ellos el de mayor vigor trágico de todos los autores españoles del siglo actual (Zambomba!), y hace tiempo voluntariamente retraído de los teatros—(Vamos, sí. Tamayo y Baus) los que piensan dar este año obras nuevas al público.»

¿Y el otro? ¿Quién será el otro?

¡Cielos! ¿Será Catalina?

Huyamos.

Muerto el pobre Sinforoso,

su desconsolada esposa

mandó poner en la fosa:

«A mi inolvidable esposo.»

La mujer, se consoló?

No se sabe; pero al fin

la lluvia, borrando el *in*,

sólo *afididaté* dejó.

EDUARDO VILLEGAS.

«Se espera en Madrid al Sr. Martos de un día á otro.»
Bueno, pero complete usted la noticia diciendo quién le espera.
¡No vayan á creer que soy yo!

—¿Qué es su hijo de usted?

—Corista.

—¿SÍ?

—Y es tan buena conmigo
que gema cuatro pesetas
y á mí me da veinticinco.

No pasa día sin que los periódicos anuncien que se han fagado con sus novios unas cuantas señoritas andariegas.

A este paso, habrá que hacer las cédulas de vacinidad sobre el patrón siguiente:

Fulanita de Tal, natural de.... edad quince años, estado soltera, ojos negros, pelo negro, estatura regular. Señas particulares: No ha huído *madre* de la casa paterna.

He recibido una hoja suelta conteniendo una composición que no se titula más que lo siguiente:

«SALVE EN VERSO dedicando á Nuestra Señora de las Maravillas en acción de gracias por el restablecimiento de la ciudad de S. M. el Rey D. Alfonso XIII y haber librado de la enfermedad reinante á su augusta Madre la Reina Regente, sus augustos hijos y Real familia (q. D. g.).»

Y empieza así:

«Venid y adorar la Clave
de la bondad y del cariño,
por todo el mundo se alaye
á la que salvó al Rey Niño,
diciéndole:—*Dios te salva.*»

¡Si Dios nos salve de las salves en versos, aunque estén dedicadas á Nuestra Señora de las Maravillas!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. C. N. M.—Barcelona.—La carta de usted fué remitida oportunamente al interesado.

Garibay:—No tomo, ni por asomo,

los articalitos, ¡ay!

porque luego, si los tomo,
tienen que quedarse como
el alma de Garibay.

Sr. D. A. R.—Córdoba.—De todas las bromas que se le pueden ocurrir á un andaluz, la más inocente es escribir con tintas de tres colores epigramas viejos. ¡Dios le conserve á usted la candidez por muchos años!

X. X.—Se recibió, pero no era publicable, y como es de todo punto imposible contestar particularmente....

Un amigo de lo ajeno.—Y de gastar el tiempo inútilmente.

Sr. D. C. A. O.—Una niña muy hermosa

que miraba una rosa
que sobre un liesto *abía*
en ademán de compasión....

¡Ay! Me siento en ademán de no seguir más adelante.

Sr. D. S. T.—Pero ¿qué diablo de metro es ese, que hace daño al oído?

Lechuguino.—¡130 versos! Y rematadamente malos los 130!

Langostino.—Los pensamientos serán muy á propósito, como usted dice, pero novedad.... ¡Dios la dé! ¿O cree usted que decir, por ejemplo, que «la moda es una diosa inflexible» es poner una pica en Flandes?

Churrilo.—Los dos cantares son endebles. Eso de que las mujeres dan veinticinco besos por cada uno.... ¡no me lo hará usted humo!

Sr. D. J. A.—Madrid.—Demasiada crudeza en las frases.

Casavilla 5.º—Por lo menos eso es mediano.

Sr. D. F. R. E.—Madrid.—¿Sabes tú lo que dicen

los pajarillos
al retozar alegres
por los ramillos?»

¿Sabe usted que, empezando así una composición, no puede acabar bien de ninguna manera?

Casto.—Todo muy bonito. El querer hacer gracia escribiendo porquerías, ha quedado ya para los majaderos recalzitantes.

Un vate desconocido.—No es cosa mayor.

P.—¡Jesús! ¿Qué triste y qué lánguido es eso!

Pequeñín.—Y eso también. Con la circunstancia agravante de estar peor hecho.

Un novato.—Bien, pero eso.... basta con que lo haga uno, ¡y gracias!

X. Z.—No, señor; no es publicable porque la versificación es forzada ó incorrecta.

Sr. D. L. B.—Digo lo mismo. ¡Hay que huir de los ripios como del cólera!

Mefistófeles.—¿No comprendes, impredeme,

que ese final no es decente?

Trasquilón.—Pero si es que el pseudónimo ha de ser conocido de todo el mundo. Porque, amigo, si el MADRID CÓMICO se firmara con pseudónimos, no lo leería nadie.

Fuñoleros.—Eso es detestable sencillamente.

Sirvete.—Y dale con las verinas que tocan el piano! ¿*Quousque tandem*....

Sapientis.—Otra colección de porquerías! Estoy hasta el pelo de bromas de esa clase! Y acabaré por no contestar á los ingenios de retrete.

ACTUALIDADES



«Ayer falleció, á consecuencia de la enfermedad variolosa, el conocido zapatero Sr. Rodríguez.....»

—¡Cielos! ¡Si ya decía él que se iba á morir sin que yo le pagase!

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 16 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Penasalar, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO TOY... PÉLAS, D... A C...

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINECIO DELBADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS